



MES DE SETIEMBRE.

Diversas denominaciones se han dado al mes de que hoy nos toca ocuparnos, pues mientras los egipcios le llamaban *Paophi*, los griegos le conocían por *Broedomion*; y de la misma manera que los emperadores y el Senado alteraron los nombres de *Julio* y *Agosto*, llamaron á éste *Tiberius*, *Germanicus*, *Antoninus*, *Hércules*, *Tacitus*, etc.

Este mes estaba dedicado al dios Vulcano, y se celebraban durante él varias funciones, entre otras la colocación todos los años del clavo sagrado, que el gran Pretor presentaba en su templo á Minerva, ceremonia reproducida en Roma cuando el Pontífice concede el año Santo ó Jubileo. El 25 era la gran

fiesta á Vénus generadora, símbolo del poder creador.

Representábase este mes bajo la figura de un hombre cubierto por la espalda con un manto ligero y flotante: llevaba en la mano un la-garto vivo suspendido por una cuerda. Los modernos le pintaron después con vestido de púrpura y rodeado de pámpanos, para indicar la vendimia.

El sol entra en este mes en el signo de *Libra*, simbolizando la justicia por medio de la diosa Témis, cuyo atributo es un peso ó balanza.

Hoy la Iglesia celebra la festividad de *San Gil*, abad y confesor, nacido en Grecia y descendiente de real familia. Fué muy aplicado á

los estudios desde su infancia y dotado de grandes virtudes, en términos que comenzó la carrera de su santificación por donde otros la acaban. Obró milagros portentosos, hasta que divulgándose sus cualidades extraordinarias, se afectó profundamente en su modestia y salió para Francia, estableciéndose en Arlés, donde hizo infinidad de prodigios. Pero cansado ya del bullicio del mundo, y persuadido de la sublime máxima de que en la soledad únicamente existe la verdadera independencia, salió de Arlés y anduvo errante por el campo. Poco tiempo después encontró á Veredimio, ermitaño de austera y ejemplar virtud, que le acompañó hasta instalarse en una cueva, en la que hizo una vida penitente y ejemplar, teniendo por solo alimento la leche de una cierva. El rey, que llegó á visitarle en su retiro á consecuencia de haberle herido uno de sus cazadores, le edificó á expensas del patrimonio un monasterio, en el que falleció de abad el día 1.º de Setiembre de 710.

Si pasamos rápidamente la vista por los más importantes sucesos de la historia, que han tenido lugar en el mes de que venimos ocupándonos, se presenta el primero la célebre batalla de Guadalete, en 714.—Muerte del insigne rey D. Pelayo, restaurador de la monarquía, en 735.—Combate reñido entre don

Fernando I de Leon y su hermano D. García de Navarra, el cual sucumbió al golpe de la lanza, en 1054.—Conquista de Valencia por D. Jaime II de Aragon, en 1238.—La de Carmona por Fernando III, en 1247.—Y la de Cádiz, en 1262.—Sale de Barcelona para la Palestina D. Jaime el Conquistador, en 1269.—Asalto y toma de Antequera por el rey D. Fernando, en 1410.—D. Alonso de Aragon concede una universidad á Barcelona, en 1450.—Conclúyese la conquista de Canarias por el almirante Alfonso de Lugo, en 1496.—Muere en Búrgos Felipe I, en 1506.—Partida de Balboa para el descubrimiento del Perú, en 1513.—Carlos V levanta el sitio de Marsella, en 1536.—Muere en Madrid el literato Covarrubias, en 1577.—Nace el popular poeta Francisco Quevedo, en 1580.—Muere en el Escorial Felipe II, en 1598.—Las tropas españolas vencen á las francesas en Fuenterrabía, en 1638.—Muere Felipe IV de España, en 1665.—Nace en Granada Alvarez de Castro, mártir de la independencia, en 1749.—Nace el insigne marino español Gravina, en 1756.—Institucion de la Orden de Carlos III, en 1771.—Nace el Empecinado, don Juan Martin, que fué luego terror de los franceses, en 1775.—Lord Wellington sale de Madrid con direccion á Arévalo en busca de sus

tropas, en 1812.—Se estrena en Madrid el gas hidrógeno para el alumbrado público, en 1847. — Muere en esta capital á los 96 años

de edad el general Castaños, duque de Bailén, en 1853.

MANUEL JOAQUIN PASCUAL.

Madrid 1.º de Setiembre de 1879.

PREDICACION Y EJEMPLO.

CUENTO.

(Conclusion.)

Un furioso temporal descargó cierto día sobre la diminuta casita que servia de morada al labrador; resintiéronse los flacos cimientos y amenazó próxima ruina. El labrador trató de apuntalarla; cogió la mula, que era trotadora por excelencia, y marchó al pueblo cercano en busca de maderos y quien los co-

locase. De regreso ya, y como el caso apuraba, cargó la recia viga comprada al efecto en el pueblo sobre las costillas de la pobre mula á más de su persona, que no era nada ligera, y la del maestro albañil, hombre de mucho peso bajo todos conceptos.

El animal, gracias á un esfuerzo



de su docilidad, dió algunos pasos; pero de pronto paróse en mitad del camino dando á entender con sus resoplidos, sudor copioso y fatigosa respiracion que era muy superior á sus fuerzas la empresa que se le

encomendaba. El labrador, contrariado en su deseo de llegar pronto á poner el puntal á su vivienda, descargó un soberbio garrotazo sobre la bestia, que, perdido el equilibrio, cayó á tierra. En vano intentó

levantarse por medio de supremos esfuerzos: el labrador con furiosos y continuados golpes, en vez de ayudarla á subir, la rendia en tierra, cada vez más desfallecida y falta de aliento.

El albañil, que á pesar de ser hombre muy de cal y canto llegaba en sus cortos alcances hasta comprender que es inútil empeñarse en hacer realizable lo imposible, aconsejó al labrador que fueran uno y otro á pié y la mula con la viga, que era carga más que suficiente para las más robustas espaldas. Pero ciego el apaleador, sin reparar que el tiempo trascurría sin avanzar un paso, y que cualquier determinacion era mejor que el obstinado afán de pasarse las horas dando palos (única perspectiva que en lontananza se ofrecia), siguió blasfemando y sacudiendo, por creer sin duda que de tal modo se habia logrado alguna vez apuntalar casas, recorrer caminos en breve rato ó aumentar la resistencia natural de lomos destinados á carga.

Por una contraccion nerviosa, explicable sólo en un animal de singular fortaleza y genio poderoso, alzóse la mula, y montando en ella el albañil primero y el labrador despues, recorrió á duras penas otro pequeño trozo de jornada, mientras que una mano pesada y fuerte, á propósito para batir á modo de maza de hierro sobre un yunque, caía

una y otra vez sobre sus doloridas ancas cual si fuera nudoso remate de cayado pastoril ó pedruzco arrojado con violencia desde los altos montes que trocaban el camino en prolongado y estrecho desfiladero.

Volvió á caer en tierra presa de mortales ansias la mula, y reventada por la carga y el cansancio, lanzó su último aliento ántes ciertamente de recibir el último palo.

Los dos caminantes, despues de cerciorarse tras largo rato y no pocas experiencias de que la muerte acaecida era real, afligiéronse grandemente. El dueño se acriminaba á sí propio con tal calor, que momentos hubo en que temió el albañil hiciera el labrador consigo mismo lo que habia acabado de hacer con su mula.

El temor del albañil no se realizó, y los viajeros siguieron carretera adelante mohinos y cariacontecidos con la viga en hombros, comprendiendo las fatigas de la muerte de la que habia acabado de ser víctima de tan inmensa mole.

El labrador, á más de la viga, llevaba el aparejo de la difunta. Y por cierto que no cuadraba del todo mal á aquellas gruesas y recargadas espaldas.

Cuando despues de muchas horas, muchas angustias y repetidos descansos, llegaron cerca de la casa de labranza, se oyó un ruido fuerte y contundente y divisaron al chico

que corría á su encuentro, al propio tiempo que se disipaba en el espacio una gran nube de polvo. La casa habia quedado reducida á un monton de escombros.

¡Cuántas veces por labradores de esta calaña y empeños tan brutales muere la mula, no llega á tiempo el puntal y la casa se derrumba! ¡Cuántas veces lo útil y necesario se sacrifica, bajo el peso de lo insuficiente, por ir en busca de remedio para lo irremediable!...

El hijo del labrador iba y venía casi todas las tardes al pueblo, á vender las más de las veces, á comprar otras, siempre sobre el caballo que desde la muerte de la mula hacia los oficios de ésta además de los suyos. Tan continuados y penosos trabajos, aparte de otros sufrimientos que descargaban sobre sus costillas con frecuencia, tornáronle flaco, endeble y enfermizo. No contribuyó poco á tal resultado la mala intencion del chico y sus instintos de familia. A veces, despues de los diversos trabajos en que ocupábanle luengas horas, dejábale sin pienso por no incomodarse en preparárselo; hacíale dormir á la intemperie; y á menudo, ya en la labor, ya en marcha, hincaba en los ijares del animal sus talones, á guisa de espuelas, ó medía con toda la fuerza de su vara la distancia que mediaba entre la crin de la frente del animal y la crin de la cola.

Prematura vejez se apoderó de los gastados miembros del ántes fogoso corcel, hasta que siguió la misma suerte que su compañera de infortunio.

En vano los dos labradores trataron, hasta donde sus fuerzas llegaban, de reparar con sus propias personas las dos pérdidas sufridas.

Su reducido campo volvióse estéril casi por completo; la res que aún les quedaba, por su limitada aplicacion llegó á ser de escasa importancia. Padre é hijo, escarmetados de lo ocurrido, cesaron de atormentar á los dos únicos seres que bajo su dominio quedaban, destinados por la caprichosa suerte á vida, si no más regalona, ménos apaleada.

Diarias adversidades, estrecheces y privaciones continuas hicieron fulgurar un destello de luz en aquellas inteligencias oscuras; empezaron á comprender que toda su desgracia era debida á la falta de aquellos dos infelices seres inmolados por su barbarie, y que indudablemente, caso de haber sido un sueño su positiva muerte, no hubieran tenido á los pocos dias de pasado éste tantos motivos de queja contra sus amos y verdugos.

Un suceso providencial, que vino á demostrar hasta qué punto son útiles y dignos de proteccion, aunque no sea más que en justa reciprocidad, ciertos animales, puso en

grave peligro al hijo y en inconsolable desesperacion al padre.

Marchaba el primero en direccion al pueblo para comprar simientes, cuando oyó en la umbrosa arboleda el débil canto de chillones pajarillos que en vano ensayaban el modo de lanzarse al aire venciendo las dificultades del primer vuelo.

La curiosidad llevó al muchacho hasta el pié del árbol, desde donde vislumbró colgado en la más alta rama un precioso nido hecho de muelle pluma y tiernas hojas, donde saltaban con alegre algazara los inocentes y pintados pajarillos. Subióse el muchacho al árbol, apode-

róse del nido, y cuando bajaba al camino sujetando con el sombrero el breve vuelo de sus pequeños cautivos, llegaban los padres de éstos, ensordeciendo el aire con sus lastimeros y prolongados cantos al ver vacía la rama sosten de su albergue, y al mirar cómo les arrebatában sus queridos hijuelos, que piando contestaban á tan cariñosos lamentos.

Círculos y más círculos describian sobre la cabeza del ladron de nidos las dos desconsoladas aves, y el chico se reía sin entender aquella pena, estrujando dentro de su sombrero la buena presa que una casualidad le ofreciera.



Al maestro de escuela, que á la sazón paseaba por aquellos caminos, debieron su libertad los pajarillos, y esto dió lugar á que el maestro explicase lo horrible que era separar á los hijos de los padres, y cuánto unos y otros padecían en el amargo trance.

Impresionado el chico con el re-

lato, y deseoso de ganar el tiempo perdido en la criminal rapiña, tomó por un atajo cubierto de maleza y que á primera vista, por sus altos breñales y espinosas zarzas, parecia impenetrable á seres humanos.

Apénas en el nuevo y medroso camino, dos hombres de mala catadura asomaron sus aterradoras fiso-

nomías á traves de unos enredados y espinosos arbustos.

Púsose á temblar como un azogado juzgándose muerto, y aunque en dos saltos hubiera podido ponerse de nuevo en el camino, la idea de que fácilmente podia ser perseguido y alcanzado dejóle como petrificado en tierra.

¡Ah! ¡cómo se acordó entónces del pobre caballo que fué su constante compañero en aquel camino! ¡Con cuánta rapidez hubiérale sacado del apuro como en otras ocasiones de peligro! ¡Hasta entónces no llegó á comprender lo que valia el bien que por insensato habia perdido! ¡Hasta entónces no sintió las mortificaciones inauditas que habia hecho pasar al noble bruto!

Los bandidos se acercaron al aterrado muchacho, y despues de aliviarle los bolsillos del peso de las monedas destinadas á comprar simiente, ya iban á soltarle cuando dijo uno de ellos:

—No es mala presa la que ha

caido; ó mucho me engaño, ó éste es el hijo del labrador cuya huerta se divisa allá abajo...

—Y dicen que es rico...

—En la duda, bueno es amarrarle, y si alguien quiere su libertad que la pague.

Rogó el muchacho que le dejaran volver á su casa donde le esperaba su padre; prometió traerles al mismo sitio el dinero que tuviese y no decir nada del suceso; pero los bandidos por toda contestacion golpearon su espalda con la culata de los trabucos de que iban armados, indicándole con tan suave ademan que se pusiera en marcha.

Quiso gritar y amordazaron su boca; quiso huir, y dos negros cañones de trabuco se dispusieron á destrozarle; si andaba despacio, heria sus espaldas una rama cortada de una encina para que hiciera los oficios de látigo; si iba de prisa, calmaba sus ímpetus feroz aviso que casi le tumbaba en tierra desfallecido.



Su situacion era la misma que la de algunos animales muertos á sus manos.

En el terreno de la fuerza como en todos los terrenos no hay nada absoluto; el salvaje es vencido por otro salvaje mayor; una brutalidad imperante se derrumba bajo el peso de otra brutalidad más fuerte.

Cuando supo el padre por anónima confidencia la suerte que habia

cabido á su hijo fué grande su desconsuelo.

Pedíanle una gruesa cantidad por el rescate: ¿y cómo reunirla?

Con gusto hubiese vendido toda su fortuna y hasta su sangre por su idolatrado hijo; pero tan mermada estaba la hacienda que sus padres le dejaron que apenas valia un pedazo de pan.

¡Si al ménos hubiese conserva-



do en tan crítica posiccion la mula y el caballo, con ayuda del buey no fuera difícil realizar el precio del rescate!

Tristes reflexiones surgieron por vez primera en la mente de aquel hombre ignorante.

—¿Qué he hecho yo?—repetia;—aminorar mi hacienda, destruir con bárbaro afan los seres útiles que me rodeaban; no prevenir el instante de la necesidad ó de la miseria.

Si yo tuviera aquel caballo fiel y corredor, salvaria á mi hijo, que no puede estar léjos: recorreria en un momento los más secretos escondrijos, el perro sería mi guía, y pronto daríamos con mi pobre hijo. Este es un castigo de Dios, como dice el señor cura; ¡pero si Dios me oyera y viniese mi hijo, yo aseguro que pocas habian de ser las ocasiones en que me hiciera digno de que nuevamente me castigara!

Y llorando por vez primera en su vida, sin cuidarse de sus diarias faenas, cogió la escopeta, llamó al perro con un penetrante silbido, y echó á todo correr por sendas y vericuetos, acariciando dulcemente á su acompañante, que olfateaba por todas partes comprendiendo de lo que se trataba y extrañando las caricias que se le prodigaban, y á las cuales correspondia con alegres saltos, lamiéndolo en cada uno de ellos la mano áspera que tantas veces le castigaba injustamente.

Hallábase entre tanto el secuestrado en inmundicia cueva, herido en una mano de un golpe recibido durante su última penosa jornada; gruesa cadena sujetábale á un poste y fiero mastin era su cancerbero.

Los secuestradores, confiando en lo secreto del escondite habian dejado solo al muchacho, bien guardado por el perro y la cadena, aventurándose, como de costumbre, por los montes, ganosos de fechorías.

Solo, abandonado en aquella hondonada, lejos de su padre, lejos de su hogar, su situacion era la misma que la de los infelices pajarillos que pocos momentos ántes habia arrancado del nido.

¡Cuántos dolores! ¡Cuántas angustias! ¡Cuántas lágrimas!

¡Y pensar que haya quien las produzca y no las consuele!

Así pensaba entre continuos sollozos el pobre preso, comprendien-

do entónces la pena de aquellos pajarillos, que piaban desconsolados cuando trató de encerrarlos en el sombrero, y el dolor de aquellos sus padres cuando, con el pico abierto y describiendo revueltos círculos, trataban de aproximarse á los pedazos de sus entrañas, lo propio sin duda que el pobre labrador al hijo secuestrado.

Roja sangre manaba de su herida, y hubiera venido tras corto espacio á libertarle de aquella prision y de todas las de la vida la hemorragia y la muerte, á no acudir en su auxilio inesperadamente su guardián el mastin, lamiéndole la herida y conteniendo á duras penas la sangre que á borbotones se escapaba de sus debilitadas venas.

De Dios estaba que habia de merecer la gracia de la vida de un animal el que contra tantas vidas de animales habia atentado.

De repente interrumpió el mastin su cariñosa faena y escuchó atento, adelantándose á la entrada de la caverna, bajas las orejas, dilatada la nariz, fijos los ojos y contraído el cuerpo, como quien pretende cerciorarse de la existencia de un rumor ó espera oírle y se sorprende ántes de vez la realidad de la sorpresa.

Después de un sordo é imperceptible gruñido, mezcla extraña de dolor y alegría, crujió el ramaje que daba frente á la cueva, y en el hue-

co abierto como por mágico resorte, pudo ver el mastin un retrato suyo en apostura, brío y proporciones, que acechaba con su propio afán por la parte de afuera. Era el perro del labrador.

Por sendas de cabras, parajes incultos y breñales desconocidos, el noble can, guiado por su instinto y olfato inverosímil, había logrado llegar á la cárcel de su inseparable compañero, empresa que hubiera sido de realización difícil para los hombres y hasta para el mismo padre, que ya empezaba á desistir de su temerario propósito cuando poniéndose de muestra el perro dió á entender que estaban por fin á la vista de la tan deseada caza.

Ocasión crítica tuvo el muchacho de ver hasta dónde llega la fidelidad y amor á los hombres de ciertos animales.

Los dos perros dieron principio á lucha encarnizada; y era de ver con qué ardimiento, sin ladridos ni aparato de voces, atacaba el uno y defendía el otro, ansioso el uno de arrebatarse y el otro de conservar la presa codiciada. El labrador, sin aliento ya por la impresión de la fatiga, puso término á la lucha disparando su escopeta con tal acierto que el mastin de los bandidos, apenas sonó el tiro, cayó instantáneamente á tierra como herido del rayo.

Indescriptibles accesos de alegría



se apoderaron del pobre padre, que besaba llorando y riendo á su hijo y á su perro, verdadero autor de su ventura.

Sirviendo de guía éste y en hombros el hijo del padre, llegaron al camino, y noticiosos los vecinos de

aquellos contornos de lo ocurrido, armáronse en somaten, fueron tras el inteligente salvador del secuestrado á la guarida de los criminales, consiguiendo después de un breve rato en acecho, prender al que hacía de jefe de la partida, y devolver

la tranquilidad á aquellos prósperos lugares, de que los otros lograron huir.

El héroe de la fiesta fué obsequiado de la manera más espléndida con succulentos desperdicios y

restos de almibaradas confituras, comprándole á costa de todo el pueblo el collar de más perifollos y cascabeles que habia en la feria; y el cura en sabrosa plática, alusiva á la fidelidad, la gratitud y otras vir-

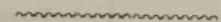


tudes de que carecen hasta los que pasan por más leales, sacó á relucir como ejemplo digno de imitacion para los hombres aquella memorable hazaña del célebre perro.

A solas padre é hijo permanecieron abrazados largo rato, jurando no volver á maltratar á los desgraciados animales, que tantos, tan grandes y desinteresados servicios prestan á la humanidad. Y como

áun saliese alguna sangre de la mano del chico, restañóse al punto sanando del daño con la aplicacion á la herida de débil telaraña, tejida por repugnante insecto en rincon inmundo, sin que á ningun humano le ocurriera que aquella labor, fruto de continuos y oscuros é incesantes trabajos, habia de causar tan precioso resultado en apurado caso.

M. OSSORIO Y BERNARD.



SOLEDAD.

—¿Qué haces, niña, ante esa Virgen
De la Soledad bendita,
Que tus juegos desatiendes
Y en tu hacienda te descuidas
Por pasar junto á ese cuadro
La mayor parte del día?

—Es, madre, porque está sola
Y triste, según indican
Sus manos, siempre cruzadas,
Su mirada, siempre fija;
Deja, madre, que pues ella
Está sola y afligida,
Deja que siempre que pueda
Venga á hacerla compañía.

—¿Qué haces, mujer enlutada,
Siempre ante esa imagen misma,
Madre de la Soledad,

Tan grande en su grande cuita?
Siempre ante su altar te veo
Silenciosa y abatida,
Y á fe que no sé si rezas,
Ó te duermes, ó meditas.

—Perdí padres, perdí hermanos,
Perdí amores y alegría,
Y hoy sólo esta santa imagen
Tengo á quien volver la vista:
Yo pensaba acompañarla
En mis infantiles días,
Y hoy que estoy sola y debiera
De dolor perder la vida,
Ella me llama, me alienta,
Y aquí en el alma me grita:
«¡No estás sola, no estás sola,
Que yo te hago compañía!»

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

LA CABEZA Y EL BRAZO.

APÓLOGO.

LA CABEZA.

Represento la grandeza
De la inteligencia humana:
Soy del cuerpo soberana,
¡Soy la orgullosa cabeza!
Del arte y la ciencia en pos
Al alma sirvo de espejo;
Brilla en mi frente un reflejo
De la mirada de Dios.
El, con misterio profundo,
Porque mi altivez asombre,
Quiere que esté sobre el hombre
Como está Dios sobre el mundo.

EL BRAZO.

Si tus lauros no merezco,
Nos confunde estrecho lazo;
Yo soy el humilde brazo,
Tú mandas y yo obedezco.

Por tí doy forma á la idea;
Mas, sin tu ayuda, en mi ardor
Soy la imagen del valor
En la sangrienta pelea.
Triunfa mi impulso fatal,
Soy la muerte y la salud,
Santo emblema de virtud,
Fiero instrumento del mal.

LA CABEZA.

En la inquietud ó la calma
Hablo, respiro: el oído
Trasmite fiel el sonido;
Mis ojos son luz del alma.

EL BRAZO.

¿Mas cómo ver y gozar
Esas delicias benditas?
De mi auxilio necesitas
Para poderlas tocar.



LA CABEZA.

Yo reflexiono...

EL BRAZO.

Yo escribo...

LA CABEZA.

Soy la idea.

EL BRAZO.

Yo el trabajo.

LA CABEZA.

Yo hago leyes.

EL BRAZO.

Yo de un tajo

Cuando quiero las derribo.

Eres mi esclava.

LA CABEZA.

Sin mí

Eres sólo un cuerpo yerto.

EL BRAZO.

Algunas veces te he muerto.

LA CABEZA.

Mas puedo vivir sin tí.

EL BRAZO.

En la tierra tristemente
Conmigo acaba tu historia.

LA CABEZA.

Mi espíritu va á la gloria
Y allí vive eternamente.
¿Por qué no unirnos los dos?

EL BRAZO.

Sin brazos no hubiera abrazos.

LA CABEZA.

Paz y amor sean tus brazos...

EL BRAZO.

Para eso los hizo Dios.

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

EL INFANTE D. SANCHO.

ROMANCE HISTÓRICO.

I.

Corría el año mil ciento
Y era una parte de España,
Un florón de la corona
De la raza musulmana.
El buen rey Alfonso Cuarto
De imperecedera fama,
El rey noble y esforzado,
El que libró mil batallas
Contra los tostados hijos
De las tierras africanas,
Era el rey que por entonces
En Castilla gobernaba.
¡Grandes eran sus virtudes,
Grandes también sus hazañas;
Grande como ellas fué siempre
Para este rey la desgracia!

—
Aparecía en Oriente
La primera luz del alba;

La ciudad de Uclés tranquila
Al descanso se entregaba...
¡Nubes de polvo á lo lejos
Hasta el cielo se levantan;
Se oye el trotar de caballos,
Se oye el chocar de las armas;
Voces airadas, confusas,
Que por los aires se lanzan,
Rumor eterno, terrible
Como tempestad lejana
Que se anuncia sordamente
Cuando más furiosa estalla!...

—
¡Despierta Uclés; deja el sueño,
Que ya el enemigo avanza;
Corran tus valientes hijos
A defender tus murallas,
Que el tropel que se avecina
Es de gente musulmana,
Y está tu honor en peligro
Y están tus horas contadas!...

.....
 ¡Ya entraron los musulmanes
 En la ciudad castellana;
 Larga ha sido la pelea,
 Muy reñida la batalla!...
 Aunque en valor se igualaron,
 No en las fuerzas se igualaban,
 Que habia miles y miles
 En las huestes africanas,
 Y en Uclés pocos soldados
 Para defender la plaza...

—
 En el castillo se encierran
 Los que en la lucha se salvan;
 Allí se atrincheran todos,
 Y con dolor en el alma
 Por la ciudad ya rendida
 Extienden ¡ay! sus miradas;
 Mientras el sol que se oculta
 Con luz mortecina baña
 Despojos, ruinas, cadáveres,
 Mares de sangre cristiana!...

II.

El rey Alfonso se apresta
 A presentar la batalla
 Y arrancar al enemigo
 La ciudad que le ganara...
 Pero ¡ay! que Alfonso no puede
 Entrar de nuevo en campaña;
 Que son sus heridas muchas
 Y su edad muy avanzada,
 Y aunque el arrojo le sobra
 La fuerza vital le falta.

—
 Tiene don Alfonso un hijo,
 Que aunque de edad muy temprana
 Librar acciones desea
 Con las huestes musulmanas.
 Este niño valeroso
 Sancho el infante se llama;
 Once años apenas cuenta
 Y se distingue en las armas,

Y es la gloria de su padre
 Que con delirio le ama.

—
 Accede al fin don Alfonso,
 Y con el conde de Cabra
 Y otros magnates del reino,
 Sancho á la lucha se lanza,
 Ante un numeroso ejército
 Que al tierno infante acompaña.
 ¿Qué será del pobre niño?...
 Dios le guie en la batalla...

.....
 Terrible ha sido el encuentro
 Para las tropas cristianas;
 Mas de veinte mil valientes
 Caen al filo de las armas
 Enemigas, y el infante
 Y su ayo el conde de Cabra
 Mueren allí acuchillados
 Por sangrientas cimitarras.
 También murió para siempre
 En tan horrible jornada
 La dicha de don Alfonso,
 Que en el infante adoraba.

—
*«Ay meu fillo, ay meu fillo,
 Espello, luz de mi alma,
 ¿Hume lo dejastes, condes?»*
 Así el buen rey exclamaba
 Llorando por aquel hijo
 Que perdió con la batalla...

—
 Por eso del rey Alfonso
 De imperecedera fama,
 Al escribir esta historia
 Dijimos al empezarla:
 «¡Grandes eran sus virtudes
 Grandes también sus hazañas;
 Grande como ellas fué siempre
 Para este rey la desgracia!»

RICARDO SEPÚLVEDA.

ACTUALIDADES.

Varios importantes periódicos de Madrid y provincias han reproducido el artículo con que el Sr. D. Braulio Anton Ramirez honró las páginas de LA NIÑEZ. Dicho artículo, reproducido también en un ele-

gante folleto, esmeradamente impreso en casa de los Sres. Moreno y Rojas, ha empezado á repartirse gratuitamente por su ilustre autor en escuelas y colegios.

Se ha repartido el núm. 2 de la importante revista *La Ilustracion Cristiana*, que dirigen los Sres. Buceta, Medina y Jorreto. Sana y abundante lectura, bellísimos grabados y una inmejorable impresion caracterizan á este naciente y ya acreditado periódico.

En una de las excelentes revistas bibliográficas que publica en *La Integridad de la Patria* el distinguido poeta D. Antonio Alcalde Valladares, se trata con elogio de las últimas comedias publicadas en el Teatro de Salon. Haciendo caso omiso de las alabanzas que agradece en extremo el director de *La Niñez* y que á su iniciativa se refieren, reproduciremos los párrafos que se contraen al exámen de las comedias *La Conciencia* y *La Escalera*.

«Entre las dos obras que acaban de publicarse, dice, hay una diferencia: una es escrita para niñas y la otra para niños; la primera se titula *La Conciencia*, original del distinguido escritor D. José Castillo y Soriano: ésta es un cuadro de costumbres de colegio, dibujado de mano maestra, en que resalta el sencillez, corazón de dos niñas, á quienes perdona la maestra por algunas diablurillas de poca importancia, en que han infringido las leyes del apetito: ellas, asustadas, la piden perdon, y la maestra las perdona al verlas tan inocentes confesar su culpa impulsadas por su conciencia, diciéndolas:

Procurad, niñas hermosas,
vivir en plácida calma;
que no turbe la conciencia
con el dolor de sus ansias.

La titulada *La Escalera* es un cuadro de costumbres, cuyo fin moral es castigar al que se sube en alto con ayuda de otros y así que está arriba olvida la escalera. Esto lo vemos todos los dias, tanto en el campo de la política como en el de la amistad; así es que el pensamiento no puede ser más sencillez ni más oportuno: aquel niño que sube la escalera con ayuda de los otros dos y luego no los deja subir á ellos cuando se ve en lo alto, es lo que vemos todos los dias y á todas horas, razon por que el autor de la comedia, D. Eduardo Guillen, ha sa-

bido tocar una de las llagas más enconadas de nuestra sociedad, uno de los vicios más arraigados de nuestros hombres de hoy, una de las más grandes pruebas de la ingratitud presente.

Lo mismo *La Escalera* que *La Conciencia* están escritas en fáciles versos, que pueden quedarse en la memoria de los niños sin trabajo, grabándose en ellos los delicados pensamientos y las máximas morales que encierran y han colocado los autores con gran acierto en boca de aquellas inocentes criaturas de la comedia.»

Damos las gracias al Sr. D. Antonio Pombo y Gamarra, doctor en Ciencias naturales y licenciado en Farmacia y catedrático de Historia natural en el Instituto de Vitoria, por el ejemplar que se ha servido remitirnos de su importante obra *Nociones de Botánica y Agricultura, expuestas en cuadros sinópticos para los alumnos de segunda enseñanza*.

Durante el año académico último, los alumnos del colegio de San Buenaventura de Rioseco sufrieron 148 exámenes de prueba de curso, obteniendo 73 notas de sobresaliente, 44 de notable y 31 de bueno. También recibieron nueve alumnos el grado de Bachiller en Artes, acreditando con su aplicacion la esmerada instruccion que se da en aquel colegio, dirigido por el señor Peinador y Ramos.

En Vitoria va á construirse un edificio dedicado á la enseñanza por religiosas de la Visitacion.

El sabio y virtuoso arzobispo de Valencia publica actualmente en *La Fe* unos importantísimos artículos en defensa de la enseñanza dada á los niños por los institutos religiosos, y especialmente por los padres Escolapios.

Desde el dia 1.º del corriente mes ha quedado abierta la matricula ordinaria en las Universidades é Institutos del Reino.



EL TEATRO DE HOY.

Era Doña Beatriz ilustre dama
De rostro sin igual y esbelto talle;
Un apuesto doncel la vió en la calle
Y en su pecho de amor prendió la llama.

Atrevido siguióla á su palacio,
Y á favor cierta noche de un bolsillo
Abrió las puertas, recorrió un pasillo
Y hablarla en un salon pudo despacio.

El padre de Beatriz, bravo guerrero,
La escalera bajó, rodando un tramo,
Y corrió hácia la estancia como un gamo
No bien le diera aviso un escudero.

Porque en aras de la honra ¿quién no vuela
A conservarla intacta decidido?
Pero en su expedicion fué sorprendido
Y una anciana siguióle... ¡era su abuela!

Y hubo aquello de:—¡Infames!

—¡Padre mío!

—¡Perdon!

—Vais á morir...

—¡Sois un villano!

—Sangre, ¡exterminio!

—¡Maldicion!

—¡Tirano!

—¡De sangre vil haré que corra un río!

—¡Me deshonraste!

—¡Falso!

—¡Muere en pago

Y acabe con la vida tu arrogancia!

.....
Y muy pronto encerraba aquella estancia
De muertos un monton, de sangre un lago.

El trovador pasó á la vida eterna;
Ella se envenenó—muerte obligada;—
¡La abuelita, cayendo desmayada,
Por la rodilla se rompió una pierna!

Satisfecho el guerrero del castigo
Y temiendo en la vida otros porrazos,
Dióse sin vacilar cuatro pinchazos
Quedando el escudero de testigo.

¶ Como este drama he visto más de cuatro
En que nunca sucede nada ménos;
Que las empresas dicen que son buenos,
Y malos los amantes del teatro.

Si de la multitud sigue el mal gusto
Y el género prosigue que hoy se estila,
Conviene repartir tazas de tila
Porque no muera el público del susto.

E. GUILLEN.